

Nicole Krauss

EN UNA SELVA OSCURA

Traducción del inglés de
Rita da Costa

 narrativa
salamandra

Título original: *Forest Dark*

Ilustración de la cubierta: Greg Heinimann

Detalle de la ilustración de la cubierta: Alamy

Copyright © Nicole Krauss, 2017

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2019

Ediciones Salamandra

www.salamandra.info

Para mi padre
ולגב"א

La expulsión del Paraíso es, en gran medida, eterna: así, la expulsión del Paraíso es definitiva, y la vida en el mundo inevitable, pero la eternidad del proceso hace posible, sin embargo, no sólo que hubiéramos podido quedarnos permanentemente en el Paraíso, sino que de hecho estamos siempre allí, lo sepamos o no.

KAFKA

I

Ayeka

En el momento de su desaparición, Epstein vivía en Tel Aviv desde hacía tres meses. Nadie había visto su piso. Su hija Lucie había ido a visitarlo con los nietos, pero él los había instalado en el Hilton, donde quedaba con ellos para compartir unos desayunos opíparos en los que él se limitaba a beber un té a sorbitos. Cuando Lucie pidió que la invitara a su piso, Epstein le dio largas con la excusa de que era pequeño y humilde, que no reunía las condiciones necesarias para recibir visitas. Todavía tratando de encajar el divorcio tardío de sus padres, ella lo había mirado entornando los ojos —hasta entonces, «pequeño» y «humilde» eran adjetivos que nadie habría asociado con Epstein—, pero pese a sus sospechas tuvo que aceptar la decisión de su padre, junto con todos los demás cambios que había experimentado recientemente. Al final, fueron los agentes de policía quienes abrieron a Lucie, Jonah y Maya el piso de su padre, que según supieron entonces se encontraba en un edificio destartado cerca del antiguo puerto de Jaffa. La pintura estaba desconchada y el agua de la ducha caía directamente sobre la taza de váter. Una cucaracha se paseaba muy ufana por el suelo de piedra. Sólo cuando el agente de policía la aplastó con el pie se le ocurrió a Maya, la más joven e inteligente de los hijos de Epstein, que tal vez hubiese sido la última en ver a su padre con vida, si es que había vivido allí siquiera. Los únicos indicios de que

había habitado el piso eran unos pocos libros alabeados a causa del aire húmedo que entraba por la ventana abierta y un frasco de pastillas de warfarina que tomaba desde que le habían diagnosticado una fibrilación auricular cinco años atrás. No podía decirse que fuera una vivienda miserable, y sin embargo tenía más en común con los barrios de chabolas de Calcuta que con las habitaciones en las que ellos se habían hospedado con su padre en la costa amalfitana o en Cap d'Antibes, si bien, al igual que aquellas otras habitaciones, ésta tenía vistas al mar.

A lo largo de esos últimos meses se había vuelto difícil ponerse en contacto con Epstein. Sus réplicas ya no llegaban de sopetón a cualquier hora del día o la noche. Si hasta entonces siempre había dicho la última palabra, era porque jamás había renunciado a contestar, pero sus mensajes empezaron a llegar cada vez más espaciados. El tiempo se expandió entre éstos porque también se había expandido en él: las veinticuatro horas que antes llenaba con todas las cosas habidas y por haber se vieron sustituidas por una escala de miles de años. Su familia y amigos se acostumbraron a esos silencios intermitentes, por lo que nadie se alarmó cuando no dio señales de vida durante la primera semana de febrero. Al final, fue Maya quien se despertó por la noche sintiendo un temblor en el hilo invisible que aún la mantenía unida a su padre, y pidió al primo de éste que fuera a asegurarse de que estaba bien. Moti, que había sido el beneficiario de muchos miles de dólares de Epstein, acarició el trasero de la amante que dormía en su cama, encendió un cigarrillo y metió los pies desnudos en los zapatos, pues pese a lo intempestivo de la hora se alegraba de tener un pretexto para hablarle a Epstein de una nueva inversión. Pero cuando Moti llegó a la dirección de Jaffa que llevaba garabateada en la palma de la mano lo primero que hizo fue llamar a Maya. Tenía que haber un error, le dijo, su padre jamás viviría en semejante tugurio. Maya llamó al abogado de Epstein, Schloss, el único que aún

sabía algo de él, que se limitó a confirmar que la dirección era correcta. Cuando Moti al fin logró despertar a la joven inquilina de la segunda planta llamando insistentemente al timbre con un dedo rechoncho, ésta le dijo que, en efecto, Epstein llevaba unos meses viviendo en el piso de arriba, pero que hacía varios días que no lo veía o, mejor dicho, no lo oía, pues se había habituado a la cadencia de sus pasos en el techo por la noche. Aunque no podía saberlo cuando salió a abrir, adormilada, y entabló conversación con el primo alopécico de su vecino de arriba, en la rápida sucesión de hechos que vino después, la joven se acostumbraría al sonido de mucha gente yendo y viniendo por encima de su cabeza, reproduciendo una y otra vez los pasos de un hombre al que apenas conocía y con el que, sin embargo, había llegado a sentirse extrañamente unida.

El caso no llevaba ni un día en manos de la policía cuando el Shin Bet asumió el mando. Shimon Peres en persona llamó a la familia para asegurar que se removería cielo y tierra. Localizaron al taxista que había recogido a Epstein seis días antes y se lo llevaron para interrogarlo. Muerto de miedo, el hombre sonreía sin parar, enseñando su diente de oro. Más tarde, guió a los agentes del Shin Bet hasta la carretera que bordeaba el mar Muerto y, tras alguna confusión fruto de los nervios, se las arregló para conducirlos hasta el punto donde había dejado a Epstein, un cruce de carreteras cerca de los montes yermos que se alzan entre las cuevas de Qumrán y el oasis de Ein Guedi. Las partidas de rescate peinaron a fondo el desierto, pero lo único que encontraron fue un maletín vacío con el monograma de Epstein, algo que —en palabras de su hija Maya— sólo hacía más creíble la posibilidad de que se hubiese transustanciado.

A lo largo de esos días y noches, reunidos en las habitaciones de la suite del Hilton, sus hijos se debatieron entre la esperanza y el duelo. Siempre había algún teléfono sonando —sólo Schloss manejaba tres— y cada vez que eso ocurría se aferraban a las últimas novedades que llegaban. Jonah, Lucie y Maya descubrieron así cosas que ignoraban sobre su

padre, aunque ninguna sirviera, a la postre, para averiguar qué pretendía con todo aquello, ni qué había sido de él. Según pasaban los días, las llamadas se volvieron cada vez menos frecuentes y ninguna llevaba consigo el ansiado milagro. Poco a poco, los hijos de Epstein se fueron acomodando a una nueva realidad en la que su padre, tan firme y decidido en vida, los había abandonado con un último acto sumamente ambiguo.

Llamaron a un rabino que les explicó en un inglés con fuerte acento británico que, según la ley hebrea, los rituales de duelo no podían celebrarse sin la absoluta certeza de la defunción. En ausencia del cadáver, bastaba que hubiese un testigo de la muerte. Y aunque no hubiese cadáver ni testigos, se consideraba suficiente prueba que alguien asegurara que la persona había muerto a manos de unos ladrones, o se había ahogado, o había caído presa de algún animal salvaje. Pero en este caso no había cadáver, ni testigos, ni información alguna. Ni ladrones ni animales salvajes, que se supiera. Tan sólo una ausencia inescrutable en el lugar que hasta entonces había ocupado su padre.

Nadie se lo podría haber imaginado y, no obstante, hasta cierto punto, parecía un final digno de Epstein. La muerte era demasiado insignificante para él. En retrospectiva, ni siquiera parecía una posibilidad real. En vida, había ocupado todo el espacio disponible. No es que fuera grande, sólo incontenible. Existía en exceso, se desbordaba constantemente. Todo en él manaba hacia fuera a borbotones: la pasión, la ira, el entusiasmo, el desprecio hacia los demás y el amor hacia toda la humanidad. Se había criado entre discusiones constantes, y las necesitaba para saberse vivo. Se había desentendido de tres cuartas partes de las personas con las que se había entendido; quienes permanecían en su vida eran incapaces de hacer nada malo y tenían su amor eterno. Conocerlo era sentirte aplastado o aupado a un pedestal absurdo, y uno apenas se reconocía en sus descripciones. Epstein

tenía una larga colección de protegidos que crecía a ojos vistas, como todos aquellos a los que decidía amar, pues les insuflaba su propia personalidad hasta que echaban a volar como globos gigantes. Pero un buen día se enredaban en las elevadas ramas morales de su mentor y reventaban. A partir de entonces, sus nombres pasaban a ser anatema. En sus hábitos inflacionistas, Epstein era profundamente estadounidense, pero no así en su nulo respeto por los límites y en su tribalismo. Era único, y esa naturaleza única lo abocaba una y otra vez al desacuerdo.

Y sin embargo se las había arreglado para atraer a los demás, para ponerlos de su parte bajo el amplio paraguas de sus reglas. Una luz brillaba con fuerza en su interior y se derramaba hacia fuera con el abandono de quien no necesita escatimar ni ahorrar. A su lado no existía la monotonía. Pasaba de la euforia a la desesperación sin solución de continuidad, perdía los estribos, se mostraba implacable, pero nunca era menos que completamente absorbente. Su curiosidad no conocía límites, y cuando se interesaba por algo o alguien, emprendía una investigación exhaustiva. Jamás dudaba de que los demás sentían la misma fascinación que él por sus objetos de interés, pero pocos podían seguirle el ritmo. Cuando salía a cenar, siempre eran sus acompañantes los que insistían en retirarse primero, y aun así Epstein los seguía al salir del restaurante, acribillando el aire con un dedo, ávido por defender y recalcar su opinión.

Siempre había sido el mejor en todo. Allí donde carecía de dones naturales, la fuerza de voluntad lo había llevado a superar sus propios límites. De joven nunca había sido un gran orador, por ejemplo, pues ceceaba al hablar. Tampoco era de compleción atlética, pero con el tiempo llegó a destacar justo en esas facetas. Superó el ceceo —tras la necesaria intervención, había que escucharlo con atención microscópica para apreciar una levísima tendencia a arrastrar las palabras—, y tras pasar muchas horas en el gimnasio, afilando un instinto taimado y feroz, se convirtió en un campeón de los pesos ligeros. Allí donde se topaba con un muro, lo embestía

una y otra vez, levantándose tras cada golpe, hasta que un buen día lograba atravesarlo limpiamente. Toda esa presión y esfuerzo eran palpables en cuanto hacía, y sin embargo lo que en otra persona habría parecido una lucha sin cuartel, en él se percibía como un estado de gracia. Ya de niño, sus aspiraciones eran titánicas. En la manzana de Long Beach, Long Island, en la que se crió, Epstein cobraba una cuota mensual a diez vecinos, a cambio de la cual les ofrecía su disponibilidad veinticuatro horas al día, con un tope de diez horas al mes, para llevar a cabo una serie de servicios detallados en un folleto en constante expansión que enviaba junto con la factura (cortar el césped, sacar al perro, lavar el coche y hasta desatascar váteres, pues, a diferencia de otros, él carecía de ese resorte que se activaba y hacía que los demás se echaran atrás ante determinadas tareas). Iba a ser inmensamente rico porque ése era su destino; mucho antes de casarse con una chica de buena familia ya sabía exactamente qué hacer con el dinero. A los trece años compró con sus ahorros un pañuelo de seda azul que lucía con tanta naturalidad como sus amigos las zapatillas de deporte. ¿Cuántas personas saben qué hacer con el dinero? A su mujer, Lianne, siempre le había dado alergia la fortuna familiar, que la ponía tensa y la volvía una mujer reservada. Había pasado sus años de juventud tratando de borrar sus propias huellas en un mundo de lujo. Pero Epstein le enseñó qué hacer con el dinero. Compró un Rubens, un Sargent, una tapicería de Mortlake. Colgó un pequeño Matisse en el retrete. Se sentaba en paños menores debajo de una bailarina de Degas. Y no porque fuera grosero o estuviera fuera de su elemento. No, Epstein era un señor. No es que fuera un hombre refinado —tampoco deseaba renunciar a sus aristas—, pero había pulido sus modales con esmero. No veía motivo alguno para avergonzarse del placer; el suyo era grande y sincero, por lo que lograba sentirse cómodo incluso entre las cosas más exquisitas. Todos los años, en verano, alquilaba el mismo castillo «destartalado» en Granada donde podía arrojar el diario al suelo y poner los pies en alto. En sus paredes encaladas encontró

un rincón para señalar con un lápiz el crecimiento de los niños. En sus últimos años se le empañaba la mirada ante la mención de ese lugar. Se había equivocado en muchas cosas, lo había echado todo a perder, pero allí, donde sus hijos habían jugado en libertad bajo los naranjos, algo había hecho bien.

Aun así al final había sufrido una especie de deriva. Más tarde, cuando sus hijos echaran la vista atrás e intentaran comprender lo sucedido, señalarían la pérdida de interés en el placer como el desencadenante de su transformación. Se abrió un abismo entre Epstein y su gran apetito, que retrocedió hasta más allá del horizonte que todo hombre guarda en su interior. Entonces pasó a vivir al margen de la adquisición de belleza exquisita. Carecía de lo necesario para dotar al conjunto de armonía, o bien se cansó de alimentar esa ambición. Durante un tiempo los cuadros permanecieron colgados en las paredes, pero él se fue distanciando de ellos, que siguieron con sus vidas, soñando entre marcos. Se había producido un cambio en Epstein. La fuerte borrasca de su personalidad ya no soplaba hacia fuera con furia. Una quietud inmensa y extraña se adueñó de todas las cosas, como ocurre justo antes de un fenómeno meteorológico devastador. Luego el viento cambió de dirección y comenzó a soplar hacia dentro.

Fue entonces cuando Epstein empezó a deshacerse de sus pertenencias. Todo se inició con un pequeño molde de Henry Moore que regaló a su médico, que había manifestado su admiración por la obra durante una visita a domicilio. Desde la cama, donde estaba postrado a causa de la gripe, Epstein indicó al doctor Silverblatt en qué armario encontraría el plástico de burbujas para envolverlo. Unos días más tarde, se sacó el anillo de sello del meñique y lo dejó caer a modo de propina en la palma de la mano del portero, Haaron, que lo miró desconcertado. Cerrando la mano desnuda bajo la luz otoñal, Epstein sonrió para sus adentros. Poco después se deshizo de su Patek Philippe. «Me gusta tu reloj, tío Jules», le había dicho su sobrino, y Epstein desabrochó la correa de piel de cocodrilo y se lo dio sin más. «También me gusta tu

Mercedes», aventuró el chico, a lo que Epstein se limitó a sonreír y darle unas palmaditas en la mejilla. Pero no tardó en volver a las andadas. En el afán creciente por desprenderse de sus bienes materiales, los regalaba con el mismo ímpetu que lo había llevado a comprarlos. Uno tras otro, los cuadros fueron a parar a varios museos; había guardado en el teléfono el número de una empresa de embalaje y transporte, y sabía a qué operarios les gustaban los bocadillos de pan de centeno con pavo y cuáles los preferían de mortadela italiana, y los encargaba de antemano con entrega a domicilio para que estuvieran esperándolos. Cuando su hijo Jonah trató de disuadirlo de aquel súbito fervor filantrópico, intentando no dar la impresión de que actuaba movido por el egoísmo, Epstein le dijo que estaba despejando espacio para pensar. Si Jonah hubiese señalado que su padre siempre había sido un pensador austero, tal vez éste le habría explicado que se refería a un pensamiento de naturaleza muy distinta: un pensamiento que no sabía de antemano adónde pretendía llegar. Un pensamiento que no esperaba alcanzar nada. Pero Jonah —que ocultaba su resentimiento tras un gesto pétreo, al punto de que cierta noche, en el transcurso de una visita privada a las nuevas galerías grecorromanas del MET, Epstein se había detenido frente a un busto del siglo II a. C. y había creído ver en él a su primogénito— se había limitado a contestar con un silencio dolido. Como sucedía con todo lo que hacía su padre, se tomaba ese derroche deliberado de sus bienes como una afrenta y el enésimo motivo de agravio.

Más allá de lo ya comentado, Epstein no hizo el menor esfuerzo por explicar sus motivos a nadie, excepto a Maya, en una sola ocasión. Habiendo nacido trece años después que Jonah y diez después que Lucie, en una época menos turbulenta y agitada de la vida de Epstein, ésta veía a su padre bajo una luz distinta. Se llevaban bien sin necesidad de esforzarse. Mientras paseaban por las lindes septentrionales de Central Park, donde los carámbanos festoneaban los grandes afloramientos de esquisto, le dijo a la menor de sus hijos que había empezado a sentirse asfixiado por todas las cosas

que lo rodeaban. Que anhelaba intensamente la levedad, algo, comprendía de pronto, a lo que había permanecido ajeno toda su vida. Se detuvieron junto al lago, recubierto por una capa delgada de hielo verdoso. Cuando un copo de nieve se posó sobre las pestañas negras de su hija, Epstein lo barrió delicadamente con el pulgar y Maya vio a su padre, con mitones en las manos, empujando un carrito de súper vacío por Upper Broadway.

Costeó los estudios universitarios de los hijos de varios amigos, mandó enviar neveras a domicilio, pagó un par de caderas nuevas a la mujer de un conserje veterano de su bufete de abogados. Hasta dio la entrada para la casa de la hija de un viejo amigo; no una casa cualquiera, sino una gran mansión de estilo neogriego con árboles centenarios y una extensión de césped tan grande que su nuevo propietario no sabía qué hacer con ella. No consintió que su abogado, Schloss —que era también su albacea y confidente desde hacía mucho—, opinara al respecto. Schloss había tenido otro cliente contagiado por la enfermedad de la caridad extrema, un millonario que había regalado sus casas, una tras otra, hasta quedarse sin suelo bajo los pies. Era una especie de adicción, le dijo a Epstein, y le advirtió que tal vez acabara arrepintiéndose. Al fin y al cabo, aún no había cumplido los setenta; podría vivir treinta años más. Pero Epstein ni siquiera parecía escucharlo, tal como había pasado cuando el abogado se había opuesto enérgicamente a que Lianne se llevara consigo toda la fortuna de su familia, tal como pasaría unos meses más tarde cuando tratara de disuadirlo de nuevo, esta vez de jubilarse del bufete del que era socio desde hacía más de veinticinco años. Ahora, sentado frente a él, Epstein se limitó a sonreír y se fue por las ramas hablándole de sus lecturas, que últimamente tendían a lo místico.

Según reveló a Schloss, todo había empezado con un libro que Maya le había dado por su cumpleaños. Siempre le regalaba libros raros, y algunos los leía, aunque la mayoría no, algo que nunca pareció molestar a su hija. Maya, espíritu libre donde los hubiera, era la cara opuesta de su hermano

Jonah y rara vez se ofendía por nada. Cierta noche, Epstein había abierto el libro sin la menor intención de leerlo, pero el texto lo había arrastrado con una fuerza casi magnética. Su autor era un poeta israelí, polaco de nacimiento, que había muerto a los sesenta y seis años, dos menos de los que Epstein acababa de cumplir. Sin embargo, aquel librito autobiográfico, el testimonio de un hombre solo frente a Dios, había sido escrito cuando el poeta contaba tan sólo veintisiete años. Se había sentido abrumado, le dijo a Schloss. A los veintisiete, él vivía cegado por una ambición y un apetito desmedidos, de éxito, de dinero, de sexo, de belleza, de amor, de abarcarlo todo, pero también de llegar al meollo de las cosas, de todo aquello que podía verse, olerse, palparse. ¿Cómo habría sido su vida si se hubiese aplicado con el mismo ahínco al mundo espiritual? ¿Por qué se había cerrado en banda a esa posibilidad?

Mientras Epstein hablaba, Schloss lo escrutaba: sus ojos de mirada inquieta, el pelo plateado que le caía sobre el cuello de la camisa, llamativo por lo escrupuloso que él siempre había sido con su aspecto. «¿Qué opina usted de la polémica del bistec y sus competidores?», solía preguntar al camarero. Pero ahora el plato de lenguado permanecía intacto, desmintiendo su apetito habitual. Sólo cuando el camarero se acercó a la mesa para preguntar si algo iba mal, miró hacia abajo y recordó la comida, pero se limitó a empujarla de un lado a otro del plato con el tenedor. Schloss intuía que los cambios en la vida de Epstein —el divorcio, la jubilación, que todo empezara a ceder, a desmoronarse en torno a él— habían empezado no con un libro, sino con la muerte de sus padres. Pero más tarde, cuando metió a Epstein en el asiento trasero de un sedán oscuro que lo esperaba a la puerta del restaurante, el abogado se detuvo unos segundos con la mano apoyada en el techo del vehículo. Al ver aquella versión extrañamente difusa de Epstein en el interior oscuro del coche, se preguntó por unos instantes si no le pasaría algo más grave a su cliente de tantos años, algún trastorno neurológico que podría agravarse de forma extrema antes de ser diagnosticado como

un problema médico. Schloss ahuyentó esa idea, pero más tarde volvería a asaltarlo como un mal presentimiento.

Y es que, en efecto, tras pasar casi un año entero dilapidando las riquezas acumuladas a lo largo de toda una vida, Epstein alcanzó por fin la capa más profunda de todas. Allí desenterró el recuerdo de sus padres, que tras la guerra habían desembarcado en las costas de Palestina y lo habían concebido bajo una bombilla fundida que no tenían dinero para cambiar. A sus sesenta y ocho años, habiendo despejado ya un espacio para pensar, se descubrió consumido por esa oscuridad, profundamente conmovido por ella. Sus padres habían emigrado con él, su único hijo, a Estados Unidos, y en cuanto aprendieron inglés reanudaron el combate a voces que habían empezado en otras lenguas. Más tarde nació su hermana Joanie, pero era una niña soñadora y apática que se negaba a entrar al trapo, por lo que la batalla conservó su dinámica triangular. Los padres de Epstein se gritaban entre ellos, le gritaban a él, y él les respondía a gritos, a los dos juntos y por separado. Su esposa, Lianne, nunca se había acostumbrado a esa forma de amor violento, aunque al principio, viniendo de una familia que reprimía hasta los estornudos, se había sentido atraída por esa pasión. Al inicio de su noviazgo, Epstein le había dicho que de la brutalidad y la ternura de su padre había aprendido que no se puede reducir a una persona a un estereotipo, lección que le había servido de guía a lo largo de toda la vida, y durante mucho tiempo Lianne había visto en ello —en la complejidad de Epstein, en su resistencia a las etiquetas fáciles— algo digno de amar. Pero al final la había agotado, tal como había agotado a tantos otros, aunque nunca a los padres de Epstein, que siguieron siendo sus sacos de combate, incansables, y que se aferraban a la vida con uñas y dientes, pensaba a veces Epstein, con la única finalidad de atormentarlo. Él los había cuidado hasta el último aliento, que habían apurado en un ático de lujo comprado por Epstein en Miami, entre alfombras mullidas

de pelo tan largo que les llegaba a los tobillos. Pero nunca había hallado la paz con ellos, y sólo tras la muerte de ambos —su madre falleció tres meses después de que lo hiciera su padre— y tras haberse desprendido de casi todas sus pertenencias, sintió la punzada aguda de los remordimientos. La bombilla desnuda se encendía y apagaba con un chisporroteo intermitente tras sus párpados inflamados cuando intentaba dormir. No podía conciliar el sueño. ¿Acaso lo había regalado sin darse cuenta, junto con todo lo demás?

Quería hacer algo en recuerdo de sus padres, pero ¿el qué? En vida, su madre había sugerido que pusiera un banco a su nombre en el parquecillo que solía frecuentar, mientras en la planta de arriba su padre iba perdiendo las facultades mentales en presencia de Conchita, la enfermera a domicilio. Su madre, que siempre había sido una gran lectora, solía llevarse un libro al parque, y en sus últimos años de vida se había aficionado a Shakespeare. En cierta ocasión, Epstein la había oído decirle a Conchita que tenía que leer *El rey Lear*. «Seguro que está en español», le había dicho a la enfermera. Cada tarde, cuando el sol ya no estaba en su apogeo, bajaba en el ascensor con una edición en letra grande de alguna obra del bardo en el bolso imitación de Prada que había comprado a un africano en la playa pese a la oposición de Epstein, que se había ofrecido para regalarle uno auténtico. (¿Qué necesidad tenía ella de poseer uno auténtico?) El parque estaba descuidado, las atracciones infantiles cubiertas de cagadas de gaviota, pero ¿quién iba a subirse a ellas si no quedaba nadie en el barrio que tuviera menos de sesenta y cinco años? Se preguntó si su madre habría sugerido lo del banco en serio o con su sarcasmo habitual. No lo sabía, así que, por si acaso, encargó para ese mugriento parque de Florida un banco de madera de ipé, resistente al clima tropical, en el que una placa de bronce atornillada anunciaba: EN RECUERDO DE EDITH «EDIE» EPSTEIN. «NO TENGO POR QUÉ COMPLACERTE EN MI RESPUESTA», WILLIAM SHAKESPEARE. Epstein pagó al portero colombiano del edificio de sus padres doscientos dólares por adelantado para que sacara brillo

a la placa dos veces al mes, cuando le tocara limpiar los dorados del vestíbulo. Pero cuando el portero le envió al móvil una foto del flamante banco, Epstein tuvo la sensación de que era peor el remedio que la enfermedad. Recordó que su madre solía llamarlo cuando llevaba mucho tiempo sin tener noticias suyas, y con la voz ronca tras sesenta años fumando, citaba a Dios, que había preguntado a Adán tras su caída: «*Ayeka?*» (¿Dónde estás?). Pero Dios sabía dónde estaba Adán físicamente.

La víspera del primer aniversario de la muerte de sus padres, Epstein decidió dos cosas: pedir una línea de crédito de dos millones de dólares sobre su piso de la Quinta Avenida y emprender un viaje a Israel. Lo del préstamo era una novedad, pero Israel era un lugar al que había regresado con frecuencia a lo largo de los años, atraído por una maraña de lealtades. Según un ritual propio, siempre se instalaba en el salón ejecutivo de la planta quince del Hilton, donde recibía a una larga sucesión de amigos, parientes y socios, ocupándose de todo en persona, repartiendo dinero, opiniones, consejos, resolviendo viejas disputas y encendiendo otras nuevas. Pero esta vez su ayudante recibió la orden de no llenar su agenda como de costumbre y de pedir cita con las oficinas de desarrollo de Hadassah, el Instituto Weizmann y la Universidad Ben Gurión para valorar la posibilidad de hacer una donación a alguna de estas entidades en nombre de sus padres. También le dijo que el tiempo restante debía quedar libre de compromisos. Tal vez se decidiera por fin a alquilar un coche y visitar ciertas zonas del país en las que no había estado desde hacía muchos años. Era algo que siempre decía que haría, pero nunca había hecho porque estaba demasiado ocupado enfrentándose con alguien, involucrándose de lleno en algo, atrapado en una espiral sin fin. Quería volver a ver la aldea de Kinneret, el desierto del Néguev, los áridos montes de Judea. El azul mineral del mar Muerto.

Mientras él seguía hablando, su ayudante, Sharon, alzó la vista y en el rostro familiar de su jefe vio algo que no alcanzó a reconocer. Si esto le produjo cierta inquietud fue sólo

porque saber lo que él quería, y cómo le gustaba exactamente que se hicieran las cosas, era lo que le permitía desempeñar bien su trabajo, algo de lo que se preciaba. Había sobrevivido a sus explosiones, y tras ello se había percatado de la generosidad que convivía con el mal genio de Epstein, que a lo largo de los años se había ganado la lealtad de Sharon demostrándole la suya.

El día antes de partir hacia Israel, Epstein asistió a un pequeño acto con Mahmud Abás, celebrado en el Plaza Hotel y auspiciado por el Centro para la Paz en Oriente Próximo. Cerca de cincuenta representantes de la comunidad judía estadounidense se reunirían con el presidente de la Autoridad Nacional Palestina, que había viajado a Nueva York para pronunciar un discurso ante el Consejo de Seguridad de la ONU y había accedido a disipar los temores de los judíos en el transcurso de una comida formal. En otros tiempos, Epstein habría aceptado la invitación sin pensárselo dos veces y se habría lanzado de cabeza a la reunión, haciendo valer su influencia. Pero ¿adónde podría llevarlo eso ahora? ¿Qué podía contarle el hombre de rostro cuadrado nacido en Safed que no supiera ya? Estaba cansado de todo aquello, del palabrerío y las promesas hechas de cara a la galería por unos y otros. También él quería paz. Sólo en el último instante cambió de opinión y envió un mensaje urgente a Sharon, que se las vio y deseó para recuperar el puesto que le habían asignado en una delegación creada in extremis por el Departamento de Estado estadounidense. Epstein se había desprendido de muchas cosas, pero aún no había perdido la curiosidad. De todos modos, tenía que pasar antes por las oficinas del departamento jurídico del banco, que quedaba a la vuelta de la esquina, para firmar —desoyendo los ruegos de Schloss— los documentos del préstamo sobre su piso.

Y sin embargo, tan pronto como se sentó a la larga mesa, hombro con hombro con los adalides de su pueblo, que se dedicaban a untar mantequilla con cebollino en sus

panecillos mientras el palestino de voz serena hablaba sobre el fin del conflicto y de las reivindicaciones, lamentó haber cambiado de idea. La sala era diminuta; no tenía escapatoria. En otros tiempos se habría escabullido. El año anterior, sin ir más lejos, durante una cena de gala en honor de Shimon Peres celebrada en la Casa Blanca, se había levantado para ir a orinar mientras Itzhak Perlman interpretaba *Tempo di Minuetto*. ¿Cuántas horas de su vida habría pasado escuchando a Perlman? ¿Una semana entera? Los del servicio secreto se habían abalanzado sobre él; nadie podía abandonar la sala una vez que el presidente tomaba asiento. Pero todos los hombres son iguales ante la llamada de la naturaleza. «Se trata de una emergencia, caballeros», había dicho, abriéndose paso entre los trajes oscuros. La otra parte dio su brazo a torcer, como siempre sucedía con Epstein. Lo escoltaron hasta el lavabo, dejando atrás a los guardias militares con sus botones de bronce. Pero ahora la necesidad de afirmarse lo había abandonado.

Sirvieron la ensalada César, se abrió el turno de palabra y la vibrante voz de Dershowitz —«Mi viejo amigo Abu Mazen»— resonó en la sala. A la derecha de Epstein, el embajador de Arabia Saudí trasteaba con el micrófono inalámbrico, tratando de averiguar cómo funcionaba. Enfrente tenía a Madeleine Albright, con los párpados pesados como un lagarto al sol, irradiando una inteligencia introspectiva; ella tampoco estaba del todo presente, pues cavilaba sobre asuntos de naturaleza metafísica, o eso le pareció a Epstein, que sintió el impulso de llevársela aparte para comentar esas inquietudes más profundas. Se palpó el bolsillo interno de la chaqueta en busca del librito con las tapas forradas en una tela verde y gastada que Maya le había regalado por su cumpleaños, y que desde hacía un mes llevaba siempre encima. Pero no estaba allí; lo habría dejado en el abrigo.

Fue entonces, al sacar la mano del bolsillo, cuando Epstein vio con el rabillo del ojo a un hombre alto y barbudo que lucía un traje oscuro y una gran kipá negra. Estaba de pie junto a un extremo de la mesa, lo que significaba que no era

lo bastante importante para tomar asiento a la misma. Una sonrisa le bailaba en los labios, haciendo aflorar arrugas en torno a sus ojos, y tenía los brazos cruzados sobre el pecho como si tratara de reprimir una energía incontenible. Pero Epstein intuyó que tras ese dominio de sí mismo no había un afán de humildad, sino otra cosa.

Los líderes de la comunidad judía estadounidense siguieron desgranando sus preguntas sin interrogantes; los camareros indios retiraron los platos de ensalada y los sustituyeron por salmón en papillote. Finalmente, llegó su turno de tomar la palabra. Epstein se inclinó hacia delante y accionó el interruptor del micrófono. Un sonoro chisporroteo causado por la electricidad estática hizo que el embajador saudí diera un respingo. En el silencio que siguió, Epstein estudió los rostros que lo miraban, expectantes. No había reflexionado sobre lo que iba a decir, y de pronto su mente, que siempre iba directa al objetivo como un avión teledirigido, vagaba sin rumbo. Paseó la vista alrededor de la mesa. Los rostros de los demás comensales, que no sabían cómo reaccionar ante su silencio, se le antojaban de pronto fascinantes. Su incomodidad lo fascinaba. ¿Habría sido inmune en el pasado a la incomodidad ajena? No, «inmune» era una palabra demasiado fuerte. Pero no le habría prestado demasiada atención. Ahora los veía clavando la mirada en los platos y removiéndose en los asientos, hasta que por fin la moderadora se vio obligada a intervenir.

—Si Jules... es decir, el señor Epstein, no tiene nada que añadir, pasaremos a... —Pero justo entonces una voz a su espalda la interrumpió, obligándola a volverse.

—Si él no quiere aprovechar su turno de palabra, lo haré yo.

Buscando el origen de la intrusión, Epstein se topó con la mirada penetrante del hombretón con la kipá de punto negro. Estaba a punto de replicar cuando éste volvió a hablar.

—Presidente Abás, gracias por haber venido. Le debo una disculpa, pues al igual que mis colegas no tengo preguntas para usted, sino tan sólo algo que decir.

Un murmullo de risas aliviadas recorrió la sala. Su voz se oía con toda claridad, por lo que no parecía necesario recurrir a los micrófonos.

—Soy el rabino Menachem Klausner. Vivo en Israel desde hace veinticinco años. Soy el fundador de Gilgul, un proyecto que permite a los estadounidenses viajar a Safed para estudiar el misticismo judío. Los invito a todos a que nos visiten, y tal vez incluso que se sumen a uno de nuestros retiros. En la actualidad organizamos unos quince al año, y esa cifra no deja de aumentar. Presidente Abás, sería un honor recibirle, aunque por supuesto usted conoce los montes de Safed mejor que la mayoría de nosotros.

El rabino hizo una pausa y se acarició la barba lustrosa.

—Mientras escuchaba a mis amigos, me ha venido a la mente una historia. Una lección, en realidad, que el rabino nos enseñó en la escuela. Era un auténtico *tzadik*, uno de los mejores profesores que he tenido. De no ser por él, mi vida habría sido muy distinta. Solía leernos pasajes de la Torá. Ese día tocaba el Libro del Génesis, y después de leer el versículo «Dios terminó en el séptimo día la obra que hizo» se detuvo, alzó la vista y nos preguntó si no habíamos notado nada extraño, y nosotros nos devanamos los sesos. Todo el mundo sabe que el séptimo día se celebra el *sabbat*, ¿qué tenía eso de extraño?

»“¡Ajá!”, dijo el rabino, levantándose de un brinco, como solía hacer cuando se emocionaba. “Pero ¿no dice que Dios descansó el séptimo día! Lo que dice es que terminó la obra que hizo. ¿Cuántos días tardó en crear el cielo y la tierra?”, preguntó. “Seis”, contestamos. “¿Y por qué no dice la Torá que Dios terminó entonces? ¿Los terminó el sexto día y el séptimo descansó?”

Epstein echó un vistazo a su alrededor, preguntándose adónde los llevaría todo aquello.

—Verán, el rabino nos explicó que cuando los antiguos sabios se reunieron para meditar sobre este punto, llegaron a la conclusión de que también debió de existir un acto de creación en el séptimo día. Pero ¿en qué consistió? El mar

y la tierra ya existían, así como el sol y la luna. Las plantas y los árboles, los animales y las aves. Hasta el hombre. ¿Qué es lo que seguía faltando en el universo?, se preguntaron los antiguos sabios, hasta que al fin tomó la palabra un erudito de pelo canoso y edad avanzada que siempre se sentaba solo en un rincón. «*Menucha*», dijo. «¿Cómo?», preguntaron los demás. «Levanta la voz, no te oímos.» «Junto con el *sabbat*, Dios creó la *menucha*», dijo el viejo sabio, «y entonces el mundo se completó».

Madeleine Albright empujó la silla hacia atrás y abandonó la sala acompañada por el leve frufú de su traje chaqueta. El orador no pareció inmutarse. Por unos instantes, Epstein pensó que tal vez incluso se apropiara de la silla vacía, tal como se había apropiado de su turno de palabra. Pero permaneció de pie, pues eso le permitía dominar mejor la sala. Quienes estaban cerca de él habían retrocedido para dejar un espacio libre a su alrededor.

—«¿Y qué es la *menucha*?», preguntó el rabino a ese puñado de chiquillos revoltosos que no apartaban los ojos de la ventana y cuyo único afán era salir a jugar a la pelota. Nadie contestó. El rabino esperó unos instantes, y cuando se hizo evidente que no iba a darnos la respuesta, un chico que estaba sentado al fondo del aula, el único con los zapatos relucientes, el mismo que siempre se iba derecho a casa al salir de clase para volver con su madre, el descendiente separado por incontables generaciones del viejo erudito canoso que guardaba en su interior la sabiduría ancestral de quien se sentaba en los rincones, tomó la palabra. «El descanso», dijo. «¡El descanso!», exclamó el rabino, rociándolo todo de saliva, como ocurría siempre que se emocionaba. «Pero ¡no sólo eso! Porque la *menucha* no es simplemente una pausa en el trabajo, una interrupción del esfuerzo. No es sólo lo opuesto al sudor y el sacrificio. Si para que existiera tuvo que producirse un acto especial de creación, por fuerza tiene que ser algo extraordinario. No el negativo de algo que ya existía, sino un positivo único, sin el cual el universo estaría incompleto. No, no es sólo el descanso», afirmó el rabino. «¡La tranquilidad!

¡La serenidad! ¡El reposo! La paz. Un estado en el que no tienen cabida el conflicto ni el enfrentamiento. Tampoco el temor ni la desconfianza. *Menucha*. El estado en que el hombre abraza la quietud.»

»Abu Mazen, si me permite —Klausner bajó la voz y se acomodó la kipá, que le había resbalado hacia atrás—, en aquella clase de muchachos de doce años ninguno de nosotros entendió a qué se refería el rabino. Pero les pregunto: ¿acaso hay alguien en esta sala que lo entienda mejor? ¿Que comprenda ese acto de la creación que se distingue de todos los demás, el único que no estableció algo eterno? El séptimo día Dios creó la *menucha*. Pero la hizo frágil. Incapaz de perdurar. ¿Por qué? ¿Por qué, cuando todas sus demás creaciones son inmunes al paso del tiempo?

Klausner hizo una pausa, recorrió la sala con la mirada. Su frente enorme relucía de sudor, pero no había en él ninguna otra señal de esfuerzo. Epstein adelantó el cuerpo, expectante.

—Para que el hombre se vea obligado a recrearla una y otra vez —dijo Klausner al fin—. Para que comprenda, al recrear la *menucha*, que no es un mero espectador del universo, sino que participa en su devenir. Que, sin sus acciones, el universo que Dios quiso para nosotros seguirá estando incompleto.

Un aplauso solitario y perezoso resonó en los confines de la sala. Cuando se desvaneció en el silencio, el líder de los palestinos empezó a hablar, haciendo pausas para que el intérprete tradujera su mensaje sobre sus ocho nietos, que habían participado en el campamento Semillas de Paz, sobre la convivencia, el fomento del diálogo, la construcción de relaciones. Tras sus comentarios intervinieron los últimos oradores y el acto llegó a su fin. Todos los presentes se levantaron y Abás recorrió la mesa, estrechando una sucesión de manos extendidas. Luego abandonó la sala seguido por su séquito.

No menos ansioso por salir de allí estaba Epstein, que se fue hacia el guardarropa. Sin embargo, mientras hacía

cola, alguien lo llamó con una palmadita en el hombro. Al volverse, se topó con el rabino que le había robado el turno de palabra para echar un sermón. Le sacaba una cabeza y media y transmitía la fuerza nervuda, curtida por el sol, de quien ha vivido mucho tiempo a orillas del Mediterráneo. De cerca, sus ojos azules resplandecían como si guardaran la luz del sol almacenada en su interior.

—Menachem Klausner —repitió, por si Epstein no había retenido su nombre—. Espero no haberme pasado de la raya.

—No —repuso Epstein, golpeando la mesa con la ficha de su abrigo—. Has hablado bien. Yo no lo hubiese hecho mejor.

Lo decía de corazón, pero no le apetecía entrar en detalles. La encargada del guardarropa cojeaba al andar, y Epstein la vio alejarse para ir en busca de su abrigo.

—Gracias, pero la verdad es que el mérito no es mío. Se lo debo casi todo a Heschel.

—Creía que era una anécdota sobre un antiguo rabino tuyo.

—Eso hace que la historia resulte más fascinante —dijo Klausner, arqueando las cejas. Por encima de éstas, las profundas arrugas de su frente se reacomodaban cada vez que componía una de sus expresiones histriónicas.

Epstein no había leído a Heschel, y de todos modos hacía calor allí dentro y lo que más deseaba en el mundo era salir a la calle y respirar el aire fresco. Pero cuando la encargada del guardarropa volvió del perchero giratorio, llevaba el abrigo de otra persona colgado del brazo.

—Éste no es el mío —dijo Epstein, empujando el abrigo que descansaba sobre la mesa.

La mujer lo miró con desdén, pero él le devolvió una mirada fría y severa hasta que ella se dio por vencida y volvió renqueando al perchero. Tenía una pierna más corta que la otra, pero sólo un santo se compadecería de ella.

—En realidad, nos habíamos visto antes —dijo Menachem Klausner a su espalda.

—¿De veras? —repuso Epstein, sin apenas volverse.

—En Jerusalén, en la boda de la hija de los Schulman.

Epstein asintió pese a que no recordaba la ocasión.

—Nunca olvido a un Epstein.

—¿Y eso?

—Ni un Epstein, ni un Abravanel, ni un Dayan, ni nadie cuya estirpe se pueda rastrear hasta la línea dinástica de David.

—¿Epstein? A menos que te refieras a los habitantes de algún villorrio judío de la vieja Europa, te equivocas.

—Qué va, eres uno de los nuestros, seguro.

Epstein no pudo evitar reírse.

—¿De los nuestros?

—Por supuesto. Klausner es un apellido importante en la genealogía davídica, aunque no tiene tanto pedigrí como Epstein, claro está. A no ser que uno de tus antepasados se sacara el apellido de la manga, cosa que me parece improbable, el linaje del que descienes se remonta directamente al rey de Israel.

Epstein se debatía entre dos impulsos contradictorios: el de sacar un billete de cincuenta dólares de la cartera para desembarazarse de Klausner y el de saber más. Había algo en el rabino que lo cautivaba, o lo haría en otras circunstancias.

La encargada del guardarropa seguía haciendo girar el perchero con indolencia, parándolo de vez en cuando para inspeccionar los números de las perchas. Cogió una gabardina de color caqui.

—Ése no es —se adelantó Epstein antes de que intentara endilgársela. La mujer le lanzó una mirada fulminante y siguió haciendo girar el perchero.

Harto de esperar, Epstein rodeó la mesa y entró en el guardarropa. La mujer retrocedió con sorpresa exagerada, como si temiera que él fuera a tumbarla de un porrazo. Pero esa expresión se vio reemplazada por otra de suficiencia cuando Epstein empezó a rebuscar en vano entre los abrigos colgados. La mujer se fue cojeando a coger la ficha de Me-

nachem Klausner, pero el sermoneador con tres milenios de linaje protestó:

—No, no. Me da igual esperar. ¿Cómo es el abrigo, Jules?

—Azul marino —farfulló Epstein, rozando las mangas de tweed y lana según iban pasando por sus manos. Pero no había ni rastro de su abrigo. Y no podía reconocer que se parecía bastante al que había sobre la mesa, aunque el suyo era mucho más sedoso y había costado bastante más—. Esto es ridículo —rezongó—. Alguien se lo habrá llevado.

Epstein habría jurado que oyó la risa de la encargada del guardarropa, pero cuando se volvió la mujer le daba la espalda, encorvada y vagamente cuadrangular, y ya estaba despachando a la persona que iba detrás de Klausner. Sintió que se le agolpaba la sangre en las mejillas y se le hacía un nudo en la garganta. Una cosa era regalar millones por voluntad propia y otra muy distinta que le robaran el abrigo delante de sus narices. Lo único que quería era largarse de allí y volver a casa cruzando el parque sin compañía y llevando puesto su propio abrigo.

Las puertas del ascensor se abrieron con un tintineo. Sin decir palabra, Epstein cogió el abrigo tirado sobre la mesa y corrió hacia él. Klausner lo llamó, pero las puertas se cerraron justo a tiempo y bajó solo hasta el vestíbulo.

En la salida lateral del hotel, los hombres de Abu Mazen se subían a la limusina, y Epstein reconoció su abrigo en el último de ellos.

—¡Eh! —gritó, agitando la prenda áspera que llevaba colgada del brazo—. ¡OYE! ¡Que te has llevado mi abrigo!

Pero el hombre no lo oyó, o se hizo el sordo, y cerró la portezuela de golpe. La limusina arrancó y se alejó por la calle Cincuenta y Ocho como flotando entre el tráfico.

Atónito, Epstein la siguió con la mirada. El portero del hotel lo observaba con inquietud, tal vez temiendo que fuera a montarle una escena. Contemplando con amargura el abrigo que tenía en las manos, Epstein soltó un suspiro, metió primero un brazo y luego el otro en las mangas y se lo

acomodó encogiéndose de hombros. Los puños le llegaban hasta los nudillos. Mientras cruzaba la calle Central Park South, una ráfaga de viento helado traspasó el género fino y Epstein, de manera instintiva, echó mano de los guantes de piel que solía llevar en los bolsillos, pero lo único que encontró fue una latita de caramelos de menta con una inscripción en árabe. Se metió uno en la boca y empezó a chupetearlo. Era tan fuerte que se le saltaron las lágrimas. Así que ése era el secreto de los árabes para tener pelo en pecho. Bajó la escalera que conducía al parque y enfiló el sendero que bordeaba el estanque erizado de juncos.

El cielo se había teñido de un rosa palo, virando a naranja hacia poniente. Pronto se encenderían las farolas. Se levantó viento, y una bolsa de plástico blanca pasó volando mientras mudaba de forma lentamente.

El alma es un mar en el que nadamos. No tiene orilla a este lado, y sólo allí a lo lejos, al otro lado, hay una orilla, que es Dios.

Era una frase del librito verde que Maya le había regalado para su cumpleaños, casi dos meses atrás, y de tanto leerlos había memorizado algunos de sus pasajes. Al pasar por delante de un banco, Epstein volvió sobre sus pasos y se sentó en él al tiempo que hurgaba en el bolsillo interior de la chaqueta. Al recordar que estaba vacío, se levantó de un brinco, alarmado. ¡El libro! ¡Lo había dejado en el abrigo! Su abrigo, que en ese instante se dirigía al este sobre la espalda de uno de los secuaces de Abás. Buscó a tientas el móvil para enviarle un mensaje a su ayudante, Sharon, pero tampoco lo encontró.

—¡Me cago en todo! —bramó.

Una mujer que pasaba por allí empujando un cochecito doble lo miró con recelo y apretó el paso.

—¡Oiga! —gritó Epstein—. ¡Perdone! —La mujer miró hacia atrás, pero no aminoró la marcha. Epstein corrió tras ella—. Oiga —dijo sin aliento cuando por fin le dio alcan-

ce—. Acabo de darme cuenta de que he perdido el móvil. ¿Podría prestarme el suyo un segundo?

La mujer miró de reojo a sus hijos, gemelos al parecer, embutidos hasta el cuello en sendos sacos con forro de pelo sintético, las naricillas húmedas y una mirada de alerta en los ojos oscuros. A regañadientes, hurgó en el bolsillo y sacó el móvil, que Epstein le arrebató de la mano sin esperar a que se lo tendiera. Luego le volvió la espalda y marcó su propio número. Le salió el contestador automático. ¿Había apagado el móvil antes, cuando había ido a firmar el crédito, o lo habría hecho el hombre de Abás? La idea de que el palestino recibiera las llamadas destinadas a él lo llenó de ansiedad. Marcó el número de Sharon, pero tampoco obtuvo respuesta.

—Un mensaje corto —explicó Epstein, y lo tecleó con dedos entumecidos por el frío: «Llama cuanto antes Consejo de Seguridad ONU. Lío de abrigos en el Plaza. Un gorila de Abás se ha llevado el mío: Loro Piana, cachemira, azul marino.» Pulsó la tecla de enviar, y luego añadió otra frase: «Móvil y otros objetos valor en bolsillo abrigo.» Pero justo cuando estaba a punto de enviarlo se lo pensó dos veces y lo borró por temor a levantar la liebre, pues cabía la posibilidad de que el hombre de Abás no supiera lo que tenía en su poder. Pero eso era absurdo. ¿Qué interés podría tener ese hombre en el móvil de un desconocido y en un oscuro libro escrito por un poeta israelí que había pasado a mejor vida?

Los gemelos empezaron a estornudar y a sorber por la nariz mientras la madre se apoyaba ora en un pie, ora en el otro con impaciencia. Epstein, cuya experiencia como sujeto receptor de caridad era nula, volvió a escribir el mensaje, lo envió y siguió sosteniendo el móvil, esperando a que vibrara con la respuesta de su ayudante. Pero el aparato permaneció inerte en sus manos. ¿Dónde demonios se habría metido Sharon? «Éste no es mi móvil, obviamente», escribió. «Ahora te llamo otra vez.» Sólo entonces se volvió hacia la mujer, que le arrebató el teléfono de las manos con un gruñido de exasperación y se alejó a grandes zancadas sin molestarse en decirle adiós.

Tenía cuarenta y cinco minutos para llegar al Avery Fisher Hall, donde había quedado con Maura. Se conocían desde que eran niños, y tras el divorcio ella lo acompañaba a menudo a conciertos. Epstein se dirigió al noroeste, atajando por la hierba, mientras redactaba mentalmente un mensaje de texto tras otro. Al pasar por delante de un arbusto, una bandada de gorriones salió de entre la maleza y se dispersó en el cielo crepuscular. En ese súbito estallido de libertad, halló cierto consuelo. No era más que un viejo libro, se dijo. Seguro que encontraría otro ejemplar. Pondría a Sharon sobre la pista. O mejor aún, ¿por qué no dejar que el libro se fuera tal como había llegado? ¿Acaso no había sacado ya lo que necesitaba de él?

Enfrascado en sus pensamientos, enfiló el túnel que había bajo un paso elevado. El aire húmedo le produjo un escalofrío, y entonces un vagabundo salió de entre las sombras y le cortó el paso. Tenía el pelo largo, con greñas y apelmazado, y apestaba a orina y a algo más, algo purulento. Epstein sacó un billete de veinte dólares de la cartera y lo encajó en la mano áspera del desconocido. En el último momento, cogió la latita de caramelos y se la ofreció también. Pero fue un error, porque de pronto el hombre se movió bruscamente y, en la oscuridad, Epstein advirtió el destello de una navaja.

—Dame la cartera —farfulló el vagabundo.

Epstein no salía de su asombro. ¿En serio? ¿No había perdido bastante ya en una sola tarde? ¿Acaso se había desprendido de tantas cosas que de pronto el mundo se sentía con derecho a arrebatárselo todo, como si sus buenas obras fueran dejando un rastro pestilente? ¿O era justo lo contrario, y en realidad lo que el mundo trataba de decirle era que aún no se había desprendido de suficientes cosas, que no podía parar hasta que no quedara nada? ¿Y cómo era posible que aún quedaran atracadores en Central Park?

No salía de su asombro, pero no sintió miedo. No era la primera vez que se las veía con un lunático. Como abogado que era, hasta podría decirse que se le daban bien. Evaluó la

situación. La navaja no era grande. Podía hacerle daño, pero no matarlo.

—Vale, vale —empezó a decir con tranquilidad—. ¿Qué te parece si te doy todo lo que llevo en efectivo? Debe de haber por lo menos trescientos dólares, puede que más. Cógelo todo y déjame las tarjetas. No podrás usarlas, las cancelarán en un suspiro y seguramente acabarás tirándolas a la basura. Así nadie sale perdiendo.

Mientras hablaba, Epstein sostenía la cartera con el brazo extendido, alejándola de su cuerpo, y extrajo despacio el fajo de billetes. El hombre se lo arrancó de la mano, pero al parecer no se daba por satisfecho, pues masculló algo más que Epstein no alcanzó a entender.

—¿Qué?

Con un gesto rápido, el vagabundo deslizó el filo de la navaja por el pecho de Epstein.

—¿Qué tienes ahí?

Epstein retrocedió, llevándose una mano al corazón.

—¿Dónde? —replicó con un grito ahogado.

—¡Dentro!

—Nada —contestó sin levantar la voz.

—Enséñamelo —dijo el vagabundo, o eso creyó oír Epstein, pues arrastraba de tal forma las palabras que era casi imposible entenderlo. Se acordó de su padre, que había empezado a hablar del mismo modo tras sufrir un derrame cerebral, mientras el hombre seguía respirando de manera agitada y empuñaba el arma.

Despacio, Epstein se desabrochó el abrigo que no era suyo, y a continuación la chaqueta del traje de franela gris que sí lo era. Abrió el bolsillo con forro de seda que por lo general albergaba el librito verde y, poniéndose de puntillas, se inclinó hacia delante para enseñarle que estaba vacío. Todo aquello era tan absurdo que de buena gana se habría echado a reír si no fuera porque tenía una navaja muy cerca de la garganta. Y porque a lo mejor sí que podía matarlo. Miró al suelo y se vio tirado en un charco de sangre, incapaz de pedir auxilio. Una pregunta cobró forma en su mente, una

que llevaba semanas rondándolo sin acabar de definirse, y la formuló para sus adentros como si quisiera ponerla a prueba: ¿Acaso Dios había alargado la mano para señalarlo? Pero ¿por qué a él? Cuando volvió a levantar los ojos, no había rastro de la navaja. El hombre había dado media vuelta y se alejaba a la carrera. Epstein se quedó unos instantes paralizado, hasta que lo vio desaparecer en el círculo luminoso de la boca del túnel y se quedó a solas. No fue hasta que se llevó la mano a garganta cuando se dio cuenta de que le temblaban los dedos.

Diez minutos después llegó sano y salvo al vestíbulo del edificio Dakota y pidió prestado otro teléfono.

—Soy amigo de los Rosenblatt —le dijo al portero—. Acaban de atracarme. Entre otras cosas, me han robado el móvil. —El hombre descolgó el telefonillo para llamar al 14B—. No se moleste —se apresuró a decir Epstein—. Sólo quiero hacer una llamada y luego me iré.

Alargó la mano por encima del mostrador y se llamó a sí mismo una vez más. Volvió a escuchar su propia voz, grabada mucho tiempo atrás, pero que allí seguía. Colgó y llamó a Sharon, que esta vez se puso al teléfono y se deshiizo en disculpas por no haber contestado antes. Ya se había puesto en contacto con la ONU. Abás iba a dar un discurso dentro de quince minutos, por lo que era imposible hablar con nadie de su equipo en ese momento, pero ella iba a tomar un taxi para interceptarlos antes de que abandonaran el edificio. Epstein le pidió que llamara a Maura para decirle que se fuera al concierto sin él.

—Dile que me han atracado —añadió.

—Vale, te han atracado —repitió Sharon.

—Es verdad —repuso Epstein, bajando la voz sin querer, porque una vez más se vio tendido en el suelo mientras un charco de sangre oscura se extendía despacio a su alrededor. Al levantar los ojos, su mirada se encontró con la del portero y comprendió que tampoco él le creía.

—¿Lo dices en serio? —preguntó su ayudante.

Epstein la cortó:

—Estaré en casa dentro de media hora. Llámame entonces.

—Oiga —le dijo al portero—, estoy en un aprieto. ¿Puede prestarme veinte dólares? No me olvidaré de usted esta Navidad. Mientras tanto, los Rosenblatt responderán por mí.

Tras darle los billetes, el portero paró un taxi que iba hacia el sur por Central Park West. No le quedaba nada con lo que premiar al hombre, ni dinero ni anillos, así que se limitó a asentir con humildad. Luego se volvió hacia el taxista para darle su dirección, al otro lado del parque y quince manzanas al norte. El hombre negó con la cabeza, contrariado, bajó la ventanilla y arrojó un grueso escupitajo al suelo. Siempre pasaba: si los apartabas de su recorrido natural y les pedías que dieran media vuelta, se lo tomaban como una afrenta. Era un rasgo casi universal de la psicología del taxista neoyorquino, explicaba Epstein a cualquiera que viajara con él en el asiento trasero. Cuando lograban ponerse en marcha, habiendo superado los escollos de los atascos y los semáforos en rojo, lo único que querían era seguir avanzando. El hecho de que ganaran dinero dando media vuelta y yendo en la dirección opuesta apenas les importaba en el momento de encajar la noticia. Lo vivían como una derrota y se lo tomaban fatal.

El ambiente en el taxi se enrareció todavía más cuando descubrieron que el tráfico estaba parado en sentido norte por Madison Avenue y que habían cortado todas las calles que iban hacia el este. Epstein bajó la ventanilla y llamó a un policía, fondón y musculoso como un jugador de béisbol, que vio apostado junto a una de esas barreras de madera con forma de caballete.

—¿Qué ha pasado?

—Están rodando una película —informó el agente sin demasiado afán, escrutando el cielo como si buscara la pelota.

—Me toma el pelo, ¿verdad? ¡Ya van dos veces este mes! ¿Quién le ha dicho a Bloomberg que podía vender la ciudad a Hollywood? ¡Los hay que seguimos viviendo aquí!